

Deia

EL KADAGUA, 'AFLUENTE' DEL AMAZONAS

La ONG Yan Lur recrea en La Quadra, Güeñes, un poblado indígena de la Amazonia // P.12

EL SESTAO SE QUEDA SIN SU GRAN SUEÑO

El Nástic elimina al River, el Eibar queda campeón de Segunda y el Alavés logra el milagro // P.84-86

EL MUNDIAL DE BRASIL, A UN PASO

Toda la información, selecciones, jugadores y escenarios de la gran fiesta del fútbol // P.62-67



MUNIAIN Y EL ATHLETIC, MUY DISTANCIADOS

Tienen posturas irreconciliables pese a que el club le ofrece la ficha más alta de la plantilla // P.102



Fernando vuelve a vivir bajo techo

LOS SERVICIOS SOCIALES 'RECUPERAN' A FERNANDO TRAS CUATRO AÑOS VIVIENDO EN LA CALLE // P.6-7

Fernando se despide, el pasado lunes, de una de las educadoras sociales, en su último día en el albergue antes de vivir en un piso. Foto: Oskar Martínez

Arantza Quiroga

PRESIDENTA DEL PARTIDO POPULAR DE LA CAV

“La ejemplaridad del PP vasco contra el terrorismo ha dado votos en España”

PÁGINAS 30-31

El derecho a decidir de Euskadi pulsa su fuerza en la calle

Más de 100.000 personas, según estima la organización de Gure Esku Dago, unirán sus manos hoy entre Durango e Iruñea para reclamar el derecho a decidir de los vascos. // P.32-33

MILES DE PERSONAS EXIGEN VOTAR SOBRE LA JEFATURA DEL ESTADO

PÁGINAS 34-35

LA BIENAL SORTEA LA CRISIS Y CONFIRMA LA RECUPERACIÓN

PÁGINAS 46-47

Mejorar su calidad de vida, siempre deja buen sabor de boca

Servicio de comida a domicilio para personas mayores y dependientes

900 70 10 50
TELÉFONO GRATUITO
www.etxejan.com

Bizkaia



El lunes fue el último día que Fernando durmió en el albergue, desde entonces vive en un piso compartido. Foto: Oskar Martínez

La última noche sin techo de un hombre llamado Fernando

Ha 'retornado' a la sociedad después de que hace cuatro años la vida le jugara una mala pasada y se viera durmiendo bajo un puente

Olga Sáez

BILBAO — “En paro y sin familia. Un día se terminaron los ahorros y ya no podía pagar el alquiler. Me vi en la calle, esquivando las preguntas de mi hijo para que no supiera que dormía bajo un puente y pidiendo donde nadie pudiera reconocerme. No se lo deseo ni a mi peor enemigo”. Es la historia de Fernando, un hombre de 57 años, de Bilbao, al que el destino le ha jugado una mala pasada. Ahora la vida le brinda una segunda oportunidad para *retornar* a la socie-

dad. El lunes pasó su última noche en el albergue, donde ha buscado cobijo los últimos meses. Desde esta semana, comparte un piso con otras tres personas. No es fácil, pero el trabajo de los educadores sociales consigue cada invierno sacar de la calle a gente como Fernando. Juegan contra el tiempo, porque cada noche que pasan en la calle es más difícil retomar la normalidad. Pero, a veces, lo consiguen. El año pasado, 128 personas abandonaron las calles, como hoy puede decir Fernando, nombre ficticio de la historia de este *sin techo*.

Fernando se casó muy joven, tuvo un hijo y vivió en familia hasta que “ya no había química”. Así que después de toda una vida juntos, el matrimonio decidió separarse y repartir el dinero del piso que tenían en común. De esto hace cuatro años. Coincidió que Fernando, después de 40 años de cotizar como tornero, se quedó sin trabajo; aunque, según dice, esa no fue la causa. Dejó su casa y alquiló un piso con otro compañero. Ni siquiera se le ocurrió pedir el paro, pensaba que más pronto que tarde encontraría un trabajo. Pero el

tiempo fue pasando tan rápido como se consumían sus ahorros. Desde entonces, odia cuando le dicen “ya le llamaremos...”. Y como suele ocurrir en estos casos, hay veces que el destino se encapricha con el débil y estrangula su futuro. Así ocurrió con él.

El propietario del piso lo necesitaba y ya no le quedaba dinero para alquilar otro alojamiento, así que cogió su mochila con las pertenencias de toda una vida y pasó su primera noche en la calle. “Nunca imaginé que llegaría a esta situación”. Fue un 15 de enero (2014). Cogió unos cartones a modo de manta y asumió con amargura su nueva condición de *sin techo*. “No quedaba otra”. Con amargura y resignación, se convirtió en una de las casi 200 personas sin hogar que hay en Bilbao. Fernando se quedaba debajo de un puente o en algún parque, donde la presencia de otros *sin techo* como él le hacía pensar que no había peligro.

A veces, pasaba tanto frío que a eso de las 3.00 de la madrugada se levantaba y se pasaba el resto de la noche dando vueltas por Bilbao. Durante el día tampoco mejoraba su situación. Lo único que conseguía alejarle de la cruel realidad que le estaba tocando vivir eran las novelas de Estefanía, que, cuando podía, compraba en la

estación de Abando por 20 céntimos. Otro de los sitios que frecuentaba era la Alhóndiga. En la biblioteca lograba camuflarse entre el resto de la gente como uno más. Siempre calculando los tiempos para no levantar sospechas. “Ni el Athletic, antes una de mis pasiones, me interesaba.

DATOS

- **El albergue.** Fernando llegó al albergue invernal de Mazarredo el pasado 15 de enero después de haber dormido bajo un puente y en varios parques de la ciudad. Como él, otras 350 personas pasaron el pasado invierno por este dispositivo.
- **Las salidas exitosas.** Un total de 128 personas consiguieron el pasado año ‘retornar’ a la sociedad.

VALORACIÓN

AYUDAS “LES FALTA INFORMACIÓN”

Los educadores del albergue creen que muchas de estas personas tienen un gran desconocimiento sobre los recursos.



sociales y "cuatro maravillas que lo hicieron todo", recuerda con la voz temblorosa y los ojos húmedos. "Soy muy sentimental", se justifica como si tampoco tuviera derecho a sentir emociones. "Me dijeron que ellos lo iban a hacer todo y yo vi la luz".

A partir de ahí, Fernando empezó a llenar sus ratos de mendicidad regularizando su situación, para lo que tuvo que hacer papeles y papeles. A la noche repasaba con sus *ángeles de la guarda* la situación. Así, consiguieron una ayuda de en torno a 500 euros y le empadronaron en el albergue de Elejabarri. Era un primer paso, pero Fernando no quería dejar el albergue invernal. Solo el calor de aquellos educadores sociales podía compensar el frío de la soledad y la noche. Se convirtieron en su familia y tenía miedo al cambio. "Me decían que iba a estar mejor, tendría una habitación, duchas...pero yo no quería irme". Y no es que Fernando no tenga familia, pero nunca quiso darles problemas.

Por eso, se las arregló durante todo el tiempo que ha vivido en la calle para que ni siquiera su hijo se enterase. "Cuando me decía que quería venir a casa, le decía que estaba en obras, o que ya le invitaría cuando se casara". Así, iba sorteando las citas con su hijo, con mentiras piadosas para no preocuparle. Solo su hermana estaba al corriente de su situación. "Pero qué iba a hacer, tampoco le sobra el dinero, tiene hijos, y yo no necesitaba una ayuda puntual. Por eso, no quería aceptar su dinero".

De hecho, cuando en su condición de *sin techo* no tenía ni para tomar un café le costaba pedir limosna. Llegó a pedir por la calle, pero nunca se estableció en un sitio concreto. "Es que Bilbao es muy pequeño y uno u otro podía verme". Así que pedía para comer algo, un bocadillo, o tomar un café, como si fuera algo puntual, casi de paso. Todavía recuerda aquella noche que pidió a un hombre si podía darle dinero para comer un pintxo. "Me metió al bar, me invitó a un vino y a comer algo, y le conté lo que me pasaba. Al salir se metió la mano en el bolsillo sacó 50 euros y me los dio". Fernando no quería cogerlos. "Para que te dé una persona 50 euros...". Aquel día lloró amargamente. Seguramente su propio carácter afable ha sido el mejor repelente de los infortunios de la calle. Eso y la dignidad que nunca ha perdido. "Puede parecer una tontería, pero yo nunca he entrado en un bar si no tenía al menos 40 céntimos para pagar un mosto; pero no tenía ni un sitio donde hacer mis necesidades".

A sus 57 años ha empezado una nueva vida en un piso compartido. Está ilusionado, pero no oculta su temor a no encajar. "A ver si va todo bien", repite, intentando convencerse a sí mismo. Fernando lamenta que después de 40 años trabajando, su futuro sea incierto, pero no quiere desaprovechar esta segunda oportunidad. "Si me toca una primitiva, saco a todo el mundo del albergue", termina. ●

Solo das vueltas a tu situación una y otra vez".

Sin un sitio donde dormir ni sustento para comer, a Fernando solo le quedaba su dignidad. "Mi ignorancia sobre los recursos sociales era total y a eso se sumaba que no quería preguntar a nadie y menos aún a conocidos. Lo confieso, me avergonzaba mi situación". Por eso, lo hacía todo solo y le costaba el doble. Dejó de frecuentar su barrio y acudía al comedor social más alejado de su entorno. Fernando tenía más temor a ser reconocido por conocidos que a los peligros de la noche y eso que, según los educadores sociales, más del 80% de las personas que duermen en la calle ha sufrido alguna agresión. Así, este hombre de constitución enjuta y modales cuidados veía pasar los días al tiempo que sus esperanzas se iban mermando. "En más de una ocasión se me pasó por la cabeza ponerme debajo de un autobús y acabar con mi vida".

UNA OPORTUNIDAD Y puede que así hubiera sido. Pero un día, cuando el cansancio iba ganando terreno, Fernando preguntó con una timidez casi cándida si también él podía dormir en el albergue de Mazarredo. No se le olvidarán los nombres de Sara, Jon, Agurtzane y Cecilia, educadores

Izaskun

EDUCADORA SOCIAL DE BIZITEGI

“Nos puede pasar a cualquiera”

Después de ocho años en el albergue de Mazarredo, Izaskun ha oído relatos como para saber que la vida puede jugar una mala pasada a cualquiera

O. Sáez

BILBAO — ¿Vieron desde el primer momento que el caso de Fernando era recuperable?

—Una vez contrastada la historia, vimos que su caso no tenía que haber llegado hasta aquí. Era de diagnóstico favorable total. Supongo que estos casos serán los excepcionales.

—Sí. Normalmente, la gente llega a su servicio municipal de urgencia antes de quedarse en la calle. Una persona por muy normalizada que sea su situación, si se ve en la calle, se desbarata su vida. Conseguir que no salgan de su casa ya les coloca en una situación de ventaja.

¿Son receptivos a las ayudas?

—Cuando alguien ha decidido que necesita venir hasta el albergue es porque ve necesidad de algo diferente, si no no pasan por el invernal.

¿Y qué pasa con estas personas?

“Nos da vergüenza contar la situación y cada día que pasa es peor, por eso hay familias que no se enteran”

“He oído historias increíbles de gente normal que ha llegado a perderlo todo y vivir en la calle”

“No podemos ofrecer a todo el mundo un alojamiento de media-larga estancia que es lo fundamental”

—Conocemos bastante bien qué gente duerme en la calle, por qué, cuánto tiempo llevan y si tenemos algo que ofrecerles.

¿A qué se refiere?

—A todo el mundo podemos ofrecer ropa y, de manera temporal, alojamiento. Pero no a todo el mundo se le puede ofrecer alojamiento de media o larga duración. Un techo es lo que te da una verdadera estabilidad, porque desparas. En el invernal, por ejemplo, ofrecemos lo básico: dormir caliente y un equipo de educadores por si necesitan alguna orientación, pero realmente abrimos a

las 20.00 y cerramos a las 7.00. Solo con eso ya se hace mucho. Habrá escuchado historias muy duras. ¿Alguna le ha llamado la atención especialmente?

—Más de una. Cuando empecé mi primer invernal vi pasar desde universitarios a gente totalmente normalizada, incluso con nietos, que habían llegado tras un suceso dramático como una pérdida. O gente como un señor ya mayor que venía con su madre a dormir porque solo había conocido desde pequeño la mendicidad. También un ingeniero de La Naval que hablaba cinco idiomas, había tenido una vida a todo trapo y había viajado por todo el mundo. Historias increíbles. Un domador de leones de Ángel Cristo... Podríamos escribir más de un libro.

Puede que se fabule con estas historias, pero ¿usted cree que es fácil pasar de llevar una vida normal a ser un 'sin techo'?

—No diría que es fácil, pero es posible. Nos podría pasar a cualquiera. Se me ocurre personas que de repente se les ha juntado una muerte traumática de un familiar en un accidente de coche, eso le ha llevado a una baja larga y les han acabado despidiendo. Se han ido aislando y degenerado en una enfermedad mental. No es lo habitual de un día para otro, pero pasa. **Y cuando pasa ¿qué posibilidades hay de reconducir la vida?**

—Hay muchas posibilidades de salir y aquí tenemos muchas experiencias de personas que incluso habiendo estado muchos años en la calle han normalizado su vida y ya no sabemos nada de ellas. Hay que encontrar la fuerza para salir y superar la vergüenza de que la gente sepa cómo estás.

Sorprende que, en muchos casos, las familias no lleguen a enterarse. ¿Somos insolidarios?

—Somos solidarios, pero nos da vergüenza contar la situación y si no la contamos al principio, cada día que pasa es más complicado hacerlo. Cuando llegan a quedarse en un sitio fijo pidiendo es otro mal signo. Si no piden con cartel es porque aún les da vergüenza. ●



Izaskun. Foto: Oskar Martínez